Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

SOMOS BLANCO DE CONTRADICCION

¿Por qué el cristiano es perseguido y probado?

El que va por el camino recto y teme a Dios es despreciado por el que anda en malos pasos. (Proverbio 14,2)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18848/96
ISBN: 84-7770-296-9
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

INDICE

Presentación 4

LOS CRISTIANOS SOMOS BLANCO DE CONTRADICCION

– La persecución religiosa en España. 7
– La ola de terrorismo. 10
– Testimonios de los Santos Padres de la Iglesia. 11
– ¿Por qué Jesucristo es blanco de contradicción? 13
– La persecución promovida por Enrique VIII. 14
– Persecuciones cruentas e incruentas contra los cristianos. 16
– Ejemplos edificantes de algunos cristianos perseguidos. 19
– Tempestades del alma. 20
– ¿De dónde nos vienen las diversas pruebas? 22
– ¿Cómo y por qué nos prueba Dios. 24
– Es un bien que seamos probados. 28
– Dios no abandona al hombre sujeto a prueba. 30
– Las pruebas dan a conocer lo que somos. 31
– Ventajas de las pruebas. 33
– Jesucristo y los santos son modelos en las pruebas. 36
– Las pruebas son un remedio excelente y las puertas del cielo. 38
– Otros ejemplos edificantes. 40

Presentación

El nombre de cristiano es un nombre glorioso y sin embargo es odiado por muchos, y si preguntamos el por qué de este odio, la respuesta la hallamos en el libro de los Proverbios y en otros muchos pasajes bíblicos: «El que va por el camino recto y teme a Dios es despreciado por el que anda en malos pasos» (Prov. 14,2). Y esto es lo mismo que

dijo ya Jesucristo con estas palabras: Si el mundo os odia, sabed que a mi me ha odiado antes que a vosotros. Si del mundo fuérais, el mundo amaría lo suyo; más, porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia (Jn. 15,18).

Es un hecho evidente que todo verdadero cristiano es blanco de contradicción, y lo será toda su vida si vive como tal discípulo de Cristo, nuestro Maestro, porque Él fue el primer blanco de contradicción, y «El discípulo no va a ser mayor que su Maestro» (Jn. 15,20).

La historia de su Iglesia, desde los días de su fundación y la de sus apóstoles y seguidores, si bien lo observamos, es una historia que nos habla de la contradicción de que ha sido objeto y continúa siéndolo en la actualidad.

Mi finalidad, pues, no es otra que poner de manifiesto que los verdaderos cristianos son blanco de contradicción y que Dios los prueba como el oro en el crisol, para ver si los halla dignos de sí. (Sab. 3,5).

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 31 marzo 1996

LOS CRISTIANOS SOMOS BLANCO DE CONTRADICCION

Todo verdadero cristiano, por ser seguidor de Cristo será blanco de contradicción, y la razón es porque Él fue el primero en serlo (Lc. 2,34). Y ya Él lo anunció al decir a sus apóstoles: *«Vendréis a ser odiados de todos a causa de mi nombre»* (Mt. 10,22).

Un siglo, después de esta predicción, Tácito, el más insigne de los historiadores romanos, dijo aplicándola a los cristianos: «No se les puede imputar crimen alguno sino el ser odiados de todo el mundo», y esto sucede porque son seguidores de Cristo y le aman. Por eso San Pablo dice: *«Todos los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo, serán perseguidos»*. (2 Tim. 3,12).

En las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia fueron asesinados millares y millares de cristianos sólo por el hecho de ser cristianos. ¿Y no sucede ahora como en las antiguas persecuciones? ¿No ha perseguido a muerte el comunismo ateo a cuanto sepa y huela a cristiano? Sacerdotes, obispos, cardenales, la gente más piadosa, la flor y nata del cristianismo, los que más claramente manifiestan a Cristo han sido ferozmente y vilmente asesi-

nados... Bien podemos decir como en los tiempos de Tertuliano, el cual dice en su Apología: «Se nos somete a tortura cuando proclamamos nuestra fe, se nos condena a muerte, si perseveramos, y se nos absuelve inmediatamente si renunciamos al título de cristianos».

Si tratásemos de hacer una relación de las persecuciones habidas de cristianos en los veinte siglos de Cristianismo, necesitaríamos varios volúmenes, mas ahora me voy a limitar a exponer brevemente cómo fue la persecución religiosa en España de 1936 a 1939 para que veamos que la Iglesia de Cristo es verdadero blanco de contradicción, y será perseguida hasta la consumación de los siglos, pero nunca destruida.

La persecución religiosa en España

Es una realidad histórica, que en 1936 comenzó en España una persecución religiosa y descaradamente abierta, promovida por el odio a Dios y a cuanto tuviera relación con la Iglesia católica.

Pio XI en su encíclica «Divini Redemptoris» en 1937, al siguiente año de la guerra civil española, dice: «En nuestra queridísima España, el azote comunista... no se ha contentado con derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que,

cuando le fue posible, destruyó todas las iglesias, todos los conventos y hasta toda huella de religión cristiana, por más ligada que estuviera a los más insignes monumentos del arte y de la ciencia.

«El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de modo especial a aquellos y aquellas que precisamente trabajan con mayor celo con pobres y obreros, sino que ha hecho un número mucho mayor de víctimas entre los seglares de toda clase y condición, que diariamente puede decirse, son asesinados en masa por el mero hecho de ser buenos cristianos o tan sólo contrarios al ateismo comunista. Y con una destrucción tan espantosa la lleva a cabo con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se hubiera creido posible en nuestro siglo».

El episcopado español en su carta colectiva del mismo año 1937 se nos habla de la destrucción de templos, de personas asesinadas: sacerdotes y seglares por el mero hecho de ser católicos.

«Para la eliminación de personas destacadas que se consideraban enemigas de la revolución se habían tomado previamente las «listas negras». En algunas, y en primer lugar, figuraba el obispo. De los sacerdotes, decía un jefe comunista, ante la actitud del pueblo que quería salvar a su párroco:

«Tenemos orden de quitar toda su semilla».

«Prueba elocuentísima de que la destrucción de templos y la matanza de los sacerdotes, en forma totalitaria, fue cosa premeditada, es su número espantoso. Aunque son prematuras las cifras, contamos con unas 20.000 iglesias y capillas destruidas o totalmente saqueadas. Los sacerdotes asesinados, contando un promedio del 40 por ciento en las diócesis desvastadas (en algunas llega al 80 por 100) sumarán, sólo del clero secular, unos 6.000. Se les cazó como perros, se les persiguió a través de los montes; fueron buscados con afán en todo escondrijo. Se les mató sin juicio las más de las veces, sobre la marcha, sin más razón que su oficio social.

Fue «cruelísima» la revolución. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda. En su número se calculan en número superior a 300.000 los seglares que han sucumbido asesinados, sólo por sus ideas políticas y especialmente religiosas; en Madrid y en los tres meses primeros, fueron asesinados más de 22.000... La crueldad máxima se ha ejercido con los ministros de Dios. Por respeto y caridad no queremos puntualizar más. La revolución fue «inhumana». No se ha respetado el pudor de la mujer, ni aún la consagrada a Dios por sus votos. «Se han profanado las tumbas y ce-

menterios...». Esta revolución fue también bárbara, antiespañola y anticristiana...

La ola de terrorismo

Esta ola de terrorismo fue reconocida por los mismos gobernantes y periódicos marxistas, la cual desbordaba las ambiciones más sanguinarias, y el mismo Galarza, ministro de Gobernación, al ver la realidad del terrorismo imperante, se vio obligado a citar a los periodistas para decirles que habiendo sido ejecutadas ilegalmente más de 20.000 personas en Madrid (15.000 identificadas y 5.000 por identificar), él no podía consentir por más tiempo una horrenda situación de la que no se hacía solidario, y que estaba dispuesto a terminar tales actos como fuesen fusilando sin contemplaciones de ninguna especie.

El periódico «Solidaridad obrera», que el 28 de enero de 1937 y en sucesivos artículos se gloriaban en decir: «En las provincias que gobernamos, la Iglesia no existe... No les queda un altar en pie... No quedan apenas feligreses...», y meses más tarde viéndose avergonzados, decía el 30 de julio de 1937 bajo el título «La pasión exacerbada»: «Termine ya el terror que ha venido actuando en la sombra. Que sea el tribunal del pueblo, quien a plena luz, con

plena responsabilidad, depure lo que depuración necesita»...

Al terminar la guerra civil se dieron estos datos sólo de personas religiosas asesinadas por el mero hecho de ser almas consagradas a Dios: Obispos, 13; sacerdotes, 5.255; religiosos: 2.669. Total: 7.937 y de seglares más de 300.000. Fr. Justo Pérez de Urbel en su obra: «Los mártires de la Iglesia» dice: «Cuando realmente se intente la historia exhaustiva, completa y rigurosa de los mártires españoles en la Cruzada, se ha de ver ciertamente que el 90 por 100 de los que sacrificaron su vida lo fue en virtud de sus creencias religiosas. El nueve, en virtud de sus creencias políticas. El resto, simplemente por la saña ciega de sus verdugos...».

Testimonios de Santos Padres de la Iglesia

He aquí algunas sentencias de los Santos Padres, que nos ponen de manifiesto que la Iglesia de Cristo es «blanco de contradicción»:

– *San Agustín*: Siempre han perseguido los malos a los buenos (Ep. 50 ad Bonifac.). Hasta el fin del mundo habrá quienes nos injurien (sup. Ps. 24 in fine).

– *Orígenes*: La persecución ha sido siempre la suerte de los cristianos... En ciertas épocas encuen-

tran los cristianos más persecuciones y odio: en las épocas de calmidades públicas. Entonces los que sufren... suelen acusar a los cristianos como si fueran la causa de tantos males (tr. 27 in Mt.)

– *San Ambrosio*: No hay dardo que pueda dañar al justo, guiado por la luz de Dios (de Nabuth. c. 16).

– *San León I*: Nunca faltará la persecución mientras haya piedad (s. 9 Quad.)

– *San Gregorio Magno*: De dos maneras se ataca a los buenos: diciendo que enseñan cosas malas, o afirmando que no cumplen lo que dicen (Moral 5,12). corazón de fiera tiene el hombre para los servidores de Dios; las fieras, en cambio lo tienen humano (Lib. 3 dialogi. c. 11).

– *Tertuliano*: (que vivió en el siglo II) dijo: En toda desgracia pública, en todo malestar se dice que los cristianos tienen la culpa. Si las aguas del Tiber suben hasta desbordarse, si las aguas del Nilo no suben a bañar la tierra, si no hay lluvia, si hay terremoto, si se sufre hambre, o alguna epidemia, enseguida se clama: los cristianos a las fieras (Apología, 40).

– *San Juan Crisóstomo*: La persecución de los gentiles y herejes es el bieldo en manos del Señor (In Mt. h. 3).

– *San Agustín*: La Iglesia católica difundida

ampliamente por todo el orbe, frustrando los ataques de los adversarios en los tiempos antiguos, se ha fortalecido más y más, no resistiendo, sino sufriendo (De ag. christ. 12).

– *Tertuliano*: «Crucificadnos, atormentádnos, condenádnos, pisoteádnos... Todas las veces que nos cortáis como mies, aumentamos en número: la sangre de los mártires es semilla de cristianos» (Apolog. 50).

¿Por qué Jesucristo es blanco de contradicción?

Siendo Jesucristo Dios como lo demuestra con su doctrina, sus milagros, su persona, su amor y su bondad, ¿cómo es posible que sea objeto de contradicción? Cuando todos debieran reconocerle y enaltecerle como a su Dios y Señor. ¿Cómo es posible, repetimos, que haya hombres que blasfemen y se rebelen contra Dios y repitan el grito satánico que un día profirieron los judíos diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!? Esto no se explica sino debido a la ignorancia, a la malicia y a la incredulidad reinante.

Los incrédulos están corrompidos, cargados de crímenes, y porque están cargados de crímenes y son muy corrompidos, por eso son precisamente incrédulos. La incredulidad produce el endurecimiento; mas en medio de tanto mal Cristo quiere que todos creamos en Él y aceptemos su persona y

su doctrina para nuestro bien y salvación, y porque lo quiere con pena se dirige a nosotros: *«También vosotros ¿queréis retiraros?»* (Jn. 6,68).

¿Quiénes se apartan de Jesucristo? Son la incredulidad, el orgullo, la pasión, el pecado, la ceguera... ¿Y dónde van? a las tinieblas, a la perdición..., porque se apartan de Él que es la vida y la Luz, el cual nos dice a todos: *«El que me sigue no anda en tinieblas»* (Jn. 8,12).

Los que se apartan de Jesucristo, que es la luz de los pueblos, viven como ciegos... La ceguedad y el vicio condujeron a Enrique VIII, rey de Inglaterra a apartarse de la Iglesia Católica y a promover una gran persecución contra los católicos y daremos de ella algunos datos para ver los grandes males que acarreó a toda la nación.

La persecución promovida por Enrique VIII

Veamos quién fue Enrique VIII y como por su ceguedad fue causa de una persecución ciertamente diabólica.

Este rey de Inglaterra prestó, al principio de su reinado, grandes servicios a la Iglesia católica, hasta el punto que el papa le confirió el título de «Defensor de la fe». Pero un día pidió a Clemente VIII que anulase su matrimonio con Catalina de Aragón, con

quien llevaba diecisiete años de matrimonio, para tomar por nueva esposa a Ana Bolena.

El papa se negó, pero el rey no hizo caso a esta negativa, repudió a Catalina y se casó con Ana. Irritado contra el papa, se erigió en cabeza visible de la Iglesia que llamó anglicana, originando con ello una reforma semejante a la de los protestantes en Alemania.

Como los verdaderos católicos se negaron a reconocerle como su jefe, los persiguió ferozmente, de tal manera que el número de sus víctimas se calcula en setenta y dos mil, entre ellos veinte obispos y seiscientos sacerdotes y religiosos.

Cansado de Ana Bolena, la mandó decapitar para contraer nuevo matrimonio. Así contrajo seis uniones sacrílegas. En los cuatro últimos años de su vida, con la pierna ulcerosa, se hizo aún más cruel si cabe. No pudiendo detener su muerte, precipitaba la de quienes consideraba sus enemigos. Olvidaba que el papa no había hecho más que cumplir con las palabras de Jesucristo: *«Lo que una Dios en la tierra, no pueden desunirlo los hombres»*. El matrimonio sólo queda disuelto con la muerte de uno de los cónyuges.

Un inglés fiel a su fe, Roberto Pecham, cuando Enrique VIII empezó a perseguir a los católicos,

prefirió emigrar de su patria. Se fue a Roma. En esta ciudad, en la iglesia de San Gregorio, se lee en su sepulcro: «Aquí descansa Roberto Pecham, un inglés católico que, al separarse Inglaterra de la Iglesia, abandonó su patria porque no podía vivir sin fe; vino a Roma y murió porque no podía vivir aquí sin su patria».

Persecuciones cruentas e incruentas contra los cristianos

La persecución contra la Iglesia de Cristo y contra los cristianos es una señal de que somos discípulos de Cristo y por lo mismo seguiremos siempre siendo «blanco de contradicción».

Un día el papa San Pio X dijo que a las cuatro notas de la Iglesia verdadera, que son: Una, santa, católica y apostólica, había que añadir otra más, y ésta era: «Perseguida», pues en el Evangelio ya tenemos lo que dijo Jesucristo: *«Me persiguieron a Mi, y también a vosotros os perseguirán»*. La persecución es para nosotros el pan nuestro de cada día; ésta es la señal de que somos verdaderos discípulos de Jesucristo.

Ya hemos hablado de la persecuón religiosa sangrienta, que tuvo lugar en la guerra civil española y la promovida por Enrique VIII, rey de Inglaterra.

Además podríamos hablar de las de los últimos años habidas en Rusia, en Méjico y en diversos paises donde hubo regímenes comunistas, y tales persecuciones han sido no sólo con derramamiento de sangre, sino también «incruentas», y las ha habido desde los primeros siglos de la Iglesia.

Vamos a recordar un par de ellas: la de Juliano el Apóstata, y la que tuvo lugar en España bajo el dominio musulman. La de Juliano el Apóstata, por ser el primero que en el siglo IV promovió una persecución «incruenta», una guerra «fria» contra los discípulos del Crucificado; quiso aniquilarlos moral y culturalmente. En cuanto subió al poder, excluyó a los cristianos de todos los empleos del Estado, les quitó la posibilidad de acudir a los tribunales, pues todos los pliteantes tenía que ofrecer un sacrificio a los dioses del imperio; les prohibió tener escuelas, les quitó sus iglesias transformándolas en templos de ídolos; apoyó el arrianismo para introducir discordia entre los cristianos...

Entonces San Anastasio apoyado en las palabras de Jesucristo de que *«las puertas del infierno* (persecuciones y herejías) *no prevalecerían contra su Iglesia»*, pronunció con calma esta frase: «Es una nubecilla que pasará»... y pasó y la Iglesia de Jesucristo permanece en pie.

He aquí otro cuadro triste de la persecución cristiana durante el dominio musulmán en Córdoba. San Eulogio dice: En cuanto a nosotros, aunque indignos, también participamos de la gracia celestial del sufrimiento: las cárceles están llenas de clérigos; la Iglesia se ha quedado sin ministros; ha cesado la himnodia divina; la araña teje su tela en los templos, silenciosos y vacíos; el canto no hace oir sus cantares; ha cesado la voz del salmista en el coro; el lector ya no lee en el púlpito la palabra de Dios, ni el diácono predica el Evangelio, ni el sacerdote desparrama el incienso en torno a los altares...

Las grandes persecuciones modernas, con los nuevos métodos de desintegración de la personalidad, como el proceso de Budapest, incoado contra el Cardenal *Mindssenty*, de quien dijo el Cardenal Piazza: «Yo me inclino ante el maestro y campeón invicto de la fe, ante esa púrpura sin mancha, que en la misma cárcel brilla con aliento de heroismo y como señal de victoria».

A pesar de tantas persecuciones, los cristianos no deben temer las que pudieran sobrevenirnos porque con Cristo su Iglesia saldrá más purificada y floreciente. Recordemos la incripción que se halla en el obelisco de la plaza de San Pedro en Roma: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera».

Ejemplos edificantes de algunos cristianos perseguidos

Son muchos los que pudiéramos citar; pero me voy a fijar en los que tuvieron lugar en la persecución ya referida de Enrique VIII de Inglaterra, porque nos enseñan cómo debemos estar siempre preparados y no temer la muerte viviendo con la esperanza del más allá, pues *«esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna»* (1 Jn. 2,25). Nuestra patria definitiva no es la tierra, sino el cielo.

– Se refiere que, cuando Enrique VIII de Inglaterra se separó de la Iglesia, porque el Papa no quiso anular su legítimo matrimonio, hizo llamar este rey a dos religiosos y les dijo: Si no os delcaráis partidarios de la reforma, os haré arrojar al Támesis. A lo que respondieron ellos: «Nosotros sólo deseamos ir al cielo, y lo mismo nos da llegar allí por tierra que por mar».

– En la vida del Cardenal Roffense se lee que, habiendo sido este santo purpurado condenado a muerte por Enrique VIII, se encaminó al lugar del suplicio apoyándose en un bastón porque apenas podía andar.

Pero al divisar el patíbulo arrojó el bastón y empezó a caminar con paso ligero y desenvuelto, exclamando: ¡Adelante, pies míos! Andad que ya

os falta poco para llegar a la Patria del descanso.

– San Juan Fischer, cardenal y obispo de Rochester, ya anciano y decrépito fue condenado a muerte por Enrique VIII por no haber firmado lo que el rey, impía e injustamente pretendía.

Al salir de la cárcel, excuálido y extenuado, tenía que esforzarse por andar; pero cuando vio el patíbulo, donde había de dejar la cabeza, arrojó, al igual que el anterior Cardenal, el bastón en que se apoyaba exclamando: «¡Andad, pies míos, que estamos muy poco distantes del paraiso».

– Santo Tomas Moro, gran canciller de Inglaterra condenado a muerte también por Enrique VIII, por haberse mantenido fiel a la ley de Dios, al subir al patíbulo se acercó al verdugo, que tenía en la mano la segur, y abrazándole le dijo sonriente: «¡Amigo, tu me abres la puerta del cielo!»

Tempestades del alma

Miradas las cosas bajo el prisma humano llamaríamos dichoso al que no hubiera sentido en si mismo tempestades del alma, o sea, las olas de las tentaciones; pero miradas bajo el prisma cristiano, ¿qué diremos?

«En la vida presente, dice San Agustín, no podemos jamás tener seguridad completa, porque es-

tamos en el mar» (De civit. Dei, 19,8). No faltan tempestades en el mar, en la Iglesia y en nuestra alma.

1) *En el mar*. Recordemos la tempestad que nos narran los evangelistas, en la que encontramos las notas características que más sirven a nuestro propósito. En la tempestad del mar de Tiberiades vemos *la brusquedad: «Un viento recio alborotó las olas»* (Lc. 8,23); *la agitación*: Era la tempestad tan recia *«que las olas cubrían la barca»* (Mt. 8,24), y el *peligro*: *«Llenándose de agua la barca, corrían riesgo»*. Los apóstoles entonces, llenos de miedo se dirigen a Jesús diciéndole: *«Señor, sálvanos que perecemos»* (Mt. 8,25).

2) *En la Iglesia*. Los Santos Padres comentando la tempestad del lago, vieron simbolizada en ella las tempestades de la Iglesia, y dicen que «el Señor permitió esta tempestad (la del lago) para enseñarnos cómo hemos de portarnos en las tempestades de la vida» (S. Crisóstomo), que en esta vida no podemos tener seguridad completa (S. Agustín), y recurriendo a Jesucristo en la tempestad del alma, nos vendrá la paz y la alegría.

3) *En el alma*. Las olas ordinarias de un mar proceloso, por ejemplo el de Tiberiades, propenso a la tempestad y que muchas veces se alborota, tales

olas no son la tempestad. Esta se levanta y pasa. Así las tempestades del alma, si bien pueden ser más duraderas, sin perder su carácter de algo excepcional. Las olas de las concupiscencias, algunas tentaciones, ciertas horas de pasión, el luto o una serie no interrumpida de cruces, los escrúpulos, las sequedades y desolaciones pueden ser verdaderas tempestades del alma; mas entonces, ¿qué hemos de hacer? Hacer como los apóstoles cuando se vieron en peligro, acudir al Señor y confiar en Él con gran fe porque todo lo puede.

¿De dónde nos vienen las diversas pruebas?

Sabido es que los días de esta vida son miserables, llenos de pruebas penosas, de tentaciones y de peligros; pero ¿de dónde nos vienen? San Agustín enseña que las pruebas que nos afligen no proceden de los hombres ni del demonio, sino de Dios, que se sirve del hombre o del demonio para castigarnos, como del demonio se sirvió también para experimentar a Job. Dios, dice el mismo doctor, azota a sus hijos para disciplinarlos, a fin de que se corrijan, y azota a los réprobos, a fin de que sean castigados por el ejemplo de los demás (In Ps. 22).

No hay duda de que Dios nos ama y algunas veces por sus altísimos fines puede mandarnos prue-

bas como castigo, como humillación o advertencia; mas todas las tentaciones, como nota el mismo San Agustín, se calmarán o serán impotentes contra nosotros, si Cristo, es decir, nuestra fe está bien despierta en el corazón» (In Ps.43).

También las tempestades del alma pueden venir de nosotros mismos si alimentamos las pasiones, y también pueden venir de nuestros enemigos que mueven sus fuerzas para oprimirnos...

«Os pondré un freno, a fin de que no perezcáis», dijo el Señor por medio del profeta Isaías, (48,9). Este freno son las pruebas. Ellas, pues, son un presente de Dios y parten de su benevolencia hacia nosotros, de su beneficiencia, que quiere domar nuestro lujo y nuestra concupiscencia.

Por el contrario, es una prueba evidente de la ira de Dios cuando suelta las riendas al hombre y le deja seguir sus caprichos, permitiendo que se extravie como un caballo indómito que no tiene ya freno que le contenga. Las adversidades son muchas veces de parte de Dios un don más precioso que las prosperidades; son más saludables, y el amor que se tiene por Dios es más puro en las pruebas que en la abundancia. Dios es más perfectamente amado en la cruz y en las aflicciones, que en los consuelos y delicias.

En las pruebas, el amor carnal o sensual no encuentran nada que amar de lo que ama en las delicias. Así es que cuando se ama a Dios en la cruz, se le ama con un amor espiritual y puro, porque sólo se ama a Dios. De la cruz y del puro amor de Dios en la cruz, aprendemos a extender este mismo amor puro a las cosas de la tierra, a las riquezas, a las delicias, a las prosperidades cualesquiera, a fin de que no amemos más que a Dios. Por esto, dice San Gregorio Nazianceno: «Doy gracias a Dios en las pruebas como en la alegría, porque tengo por cierto que Dios, la suprema razón, obra para nosotros en interés nuestro». (In. Distich.).

Las pruebas no nos han de faltar, pero para salir en todas ellas victoriosos, hemos de recurrir al Señor, confiar mucho en Él, pues Él espera bondadoso nuestro grito de socorro. Al sentir nuestra flaqueza y el poder de Dios, nuestro deber es avivar nuestra fe y poner nuestro apoyo en Jesús que va con nosotros en la barca, como iba con los apóstoles en el lago de Tiberiades.

¿Cómo y por qué nos prueba Dios?

«Así como el oro prueba la plata y el crisol el oro, dicen los Proverbios, *el Señor prueba los corazones* (17,3). Dios prueba los corazones de los

hombres examinándolos ya con su ley y sus preceptos, con los doctores y predicadores, ya con las tribulaciones o con las tentaciones…

Las vasijas de tierra se prueban en el horno y nuestra vida, dice San Ambrosio se prueba con fuego como la plata, para que se vea el esplendor de la virtud (in Ps. 118. s.10).

Las pruebas son necesarias, porque, como dice el Crisóstomo: Sin prueba ni tentación no hay corona; sin combate no hay victoria, y sin pruebas no hay perdón. No hay verano sin invierno. El grano arrojado en tierra necesita lluvia; necesita de la guerra de las nubes y del hielo para convertirse en espigas en la primavera (Homil. 4 de Divit. et paup.).

La cera necesita fuego para recibir la impresión del sello: así el hombre, para quedar señalado con el sello de la divina gracia y de la misma divinidad, necesita de las pruebas del trabajo, de las enfermedades, de las tentaciones, etc. Lo que está lleno de tierra, de moho y de inmundicias, necesita fuego para purificarse (a Lápide. Tesoros).

El Señor en el Apocalipsis dice: *«Yo reprendo y castigo a aquellos a quines amo»*. (3,19). Jesucristo prueba a los suyos: para aumentar sus méritos, para conservarlos en la humildad, para hacerles expiar sus pecados, y por una mayor manifestación

de la acción de Dios, como el Lázaro, los Mártires, los apóstoles, su Iglesia, etc.

Dios ejercita a sus servidores con pruebas y persecuciones diversas para elevarlos al honor de la virtud y de la gloria... Mortifica y vivifica; hiere para corregir. «Toda la severidad de Dios, dice San Ambrosio, tiene por fin castigar los pecados de los suyos con pruebas, conservar su alma, destruir sus vicios y hacer crecer en su corazón las virtudes más perfectas». (Epist.).

Nada sucede al fiel sin la presciencia y la voluntad de Dios; y su voluntad consiste en corregirle de sus defectos o en fortificarle en la virtud y en la paciencia, para aumentar su corona en el cielo. Así es como permitió que el justo Abel muriese a manos de su impío hermano; así es como probó a Abraham, ordenándole que sacrificase a su hijo Isaac; así es como probó a José permitiendo que fuese vendido por sus hermanos; que Moisés y su pueblo fuesen oprimidos por la tiranía de Faraón; que David fuese perseguido por el odio de Saúl; que la casta Susana estuviese expuesta a la odiosa calumnia de los infames ancianos; que Jeremías fuese encarcelado; que Daniel fuese arrojado en la cueva de los leones, etc. etc.

Nuestros padres, dice Judit, *han sido sometidos*

a la tentación como a una prueba, a fin de que constase si era o no sincero su culto a Dios. Acuérdese el pueblo del modo con que Abraham nuestro padre, fue experimentado por varias tribulaciones; y llegó a ser el amigo de Dios. así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron al Señor han sido hallados fieles en medio de numerosas tribulaciones; pero todos los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, y han maniestado su impaciencia y murmurado, han sido entregados al ángel exterminador y han perecido con las serpientes. No nos atormentemos por los males que sufrimos; sino que, considerando que estos tormentos son menores que nuestros pecados, y que somos castigados como servidores, creamos que Dios quiere corregirnos y no perdernos (8,21-27).

La prueba es para el cristiano lo que la tempestad para el piloto, la lucha para el atleta y el combate para el soldado...

Dios nos envia pruebas: para vigorizar nuestra voluntad rebelde, abatir nuestro orgullo y obligarnos a someternos...; para castigarnos de nuestras prevaricaciones; para destruir en nosotros el hombre viejo; para conducirnos a la paciencia; para hacernos semejantes a Jesús crucificado...

Las pruebas nos enseñan a desprendernos de la

nada de este mundo, y a aficionarnos a los únicos bienes verdaderos...

Es un bien que seamos probados

Las pruebas no abaten más que a los que no saben sufrirlas. Los mejores soldados son elegidos para las ocasiones en que se necesita valor, energía y heroismo: son elegidos para las acciones importantes y decisivas . Por esto Dios elige con preferencia a los que más ama para enviarles mayores pruebas...

Aprendan los cristianos que las pruebas son una señal, no de la ira de Dios, sino de su amor; porque son la prueba de la elección y de la filiación divinas. Es lo que dice el profeta Zacarías: *«Los probaré como oro y plata; invocarán entonces mi nombre, y oiré su oración. Diré: Este es mi pueblo, y ellos dirán: El Señor es nuestro Dios»* (13,9).

Es lo que dijo el ángel al ciego Tobías: *«Ha sido necesario que la tentación te probase, porque eres agradable a Dios* (12,13). También leemos en la carta a los Hebreos: *«El Señor castiga al que ama y azota a todos los que recibe por hijos suyos* (Prov. 3,11-12). *Manteneos firmes en la corrección. Dios os trata como hijos, porque ¿qué hijo hay a quien no corrija el padre?; al contrario, si vivís sin co-*

rrección de la que todos son partícipes, entonces sois hijos bastardos y no hijos legítimos. Luego si teníamos a nuestros padres carnales por correctores y los respetábamos ¿no nos someteremos mucho mejor al Padre de los espíritus que nos dará vida? Sin duda aquellos nos corregían a nosotros mismos, según parecer, para pocos días, pero Jesucristo por utilidad, para hacernos partícipes de su santidad. Ciertamente, toda corrección al presente no parece ser motivo de alegría, antes al contrario, causa de tristeza, pero después, da, en cambio, un fruto de paz a los están educados por merced de la misma justicia» (13,6-11).

Además los cristianos deben aprender que las pruebas por sí mismas no hieren ni dañan, sino que purifican y perfeccionan a los que alcanzan.

El Eclesiástico dice: *El horno prueba los vasos del alfarero, y el alcance de la tribulación a los hombres justos* (27,6). Las pruebas son un remedio que conduce a la salvación, y no una pena que nos lleva a la condenación (S. Agustín in Sentent. 204).

Debemos murmurar tanto menos contra las pruebas, cuanto más seguros estamos de que son la prenda del amor paternal de Dios. La adversación es una señal segura y una arra de la divina elección, y con ella el alma queda desposada con Jesucristo para

unirse a Él con divino lazo. Deducid de ahí que no hemos de huir de las pruebas, sino más bien las hemos de envidiar... y reconozcamos que los justos, sostenidos por la gracia de Dios, desean que el fuego de las pruebas queme en ellos todo lo que es impuro, los consolide y los perfeccione en la virtud.... (A Lápide. Tsoros).

Dios no abandona al hombre sujeto a pruebas

Dios, dice la Sabiduría, no abandona al justo; le libra de las manos de los pecadores, baja con él a la fosa de las tribulaciones; no le deja en las cadenas; le arranca de los que le oprimen; entra en el alma de su servidor; le da el premio de sus trabajos, le encamina a una vida milagrosa, y le proporciona constantemente abrigo y paz. (10,13-17).

Cuando el pueblo de Dios fue agobiado por el Faraón con los trabajos de la esclavitud en Egipto, Dios le envió un salvador, a Moisés. El auxilio de Dios está allí donde las adversidades abundan.

El Señor, dice el apóstol San Pedro, sabe librar a los justos de las pruebas (2 Ped. 2,9). Veamos los muchos ejemplos que tenemos en la Biblia y lo confirman:

Noé fue libertado de las aguas, Lot del fuego, Abraham de los caldeos, Jacob de la mano de Esaú,

José de la mano de sus hermanos y de la cárcel, Moisés y los hebreos de la mano del Faraón, del mar Rojo, del hambre y de la sed; David de la mano de Saúl, Susana de la mano de los ancianos; Daniel de las garras de los leones; los tres niños se libraron del horno; Mardoqueo fue libertado de las manos de Amán, Judit de la mano de Holofernes, el joven Tobías de la mano del demonio, Judas Macabeo de la mano de Antiocó, Elías de la mano de Jezabel, San Pedro de las cadenas y de la cárcel.

El salmista proclama esta verdad: *«Grandes tribulaciones están reservadas a los justos; pero el Señor los libra de todos los males»* (33,20).

«Invocadme en el día de la angustia, dice el Señor; *yo os libraré y os honraré»* (Sal. 49,15). *«Me invocará y le oiré, estaré con él en sus tribulaciones y lo glorificaré»* (Sal. 91,15). Cuanto mayores son las pruebas, más cerca está Dios de nosotros...

Las pruebas dan a concoer lo que somos

Hay dos circunstancias en la vida en que cada cual ve lo que hay en el corazón humano: la ocasión de obrar en secreto, y el momento de las pruebas. Muchos son malos interiormente y buenos en las apariencias, lo que se llama hipocresía: si tie-

nen ocasión de pecar, sin temor de ser descubiertos, entonces se manifiesta su corrupción y su malicia. De la misma manera en tiempos de prosperidad, no se puede discernir los malos de los buenos; pero cuando llega el fuego de las pruebas, entonces brilla el oro y la paja humea, entonces murmuran los malos, se arrebatan y blasfeman; y los buenos, por el contrario, se someten, se resignan, oran y practican la paciencia y la dulzura.

Hablando del rey David de aquel primer género de prueba, dice: *Visitasti nocte*: Me habéis visitado durante la noche, es decir, cuando tenía ocasión de pecar secretamente, entonces *Igne me examinasti*: me hiciste pasar por el fuego de la tribulación, por una prueba abrasadora. y habiendo sabido el rey profeta vencerse en ambas circunstancias, añade: *Et non est inventa in me iniquitas*: y no he hallado en mi la iniquidad (17,3).

En el crisol, dice San Agustín, se purifica el oro y se quema la paja (In Ps. 62).

Dios nos prueba muchas veces, y muchas fueron vg. las sufridas por Abraham. Si bien lo notamos fue experimentado por Dios y siempre reciamente vg. cuando le mandó que abandonase su patria y a sus parientes y amigos, y fuese como extraño a una patria desconocida. Cuando en el

momento de hambre se le mandó que abandonase su patria y a sus parientes y amigos, y fuese como extraño a una patria desconocida. cuando en el momento de hambre, se le mandó que fuese a Egipto... cuando se vió obligado a separarse de Lot, su querido sobrino por las discordias de sus criados... pero la suprema prueba fue cuando Dios le mandó que sacrificase a su hijo Isaac. A esta prueba la llama él tentación. Las palabras de esta orden tan dolorosa fueron éstas: *«Abraham, toma a tu hijo único, a quien quieres, y anda a sacrificarlo en una de las montañas que yo te indicaré»* (Gén. 22,2).

La madre de los Macabeos imitó a Abraham... ¡Y cuántos otros han experimentado las mismas pruebas!... ¿Cuándo hemos sido probados nosotros tan cruelmente? ¡Y aún nos quejamos!...

Ventajas de las pruebas

Hemos pasado, Señor, por el fuego y el agua y nos habéis traido al lugar de la dicha (Sal. 66,12). Lo que el fuego es para el oro, la lima para el hierro, y el aventador para el trigo, son las pruebas para las almas fieles...

Sometido San Pablo a grandes pruebas y crueles tentaciones, conjuró al Señor que le librare de ellas; y el Señor le respondió: *Mi gracia te basta;*

porque mi fuerza brilla en la debilidad (2 Cor. 12,9).

Las pruebas son advertencias que tienen por fin conservarnos en la gracia y en la virtud preservarnos del pecado y del infierno, y asegurar nuestra salvación eterna... Las pruebas son el azote de Dios; hacen de nosotros un trigo digno de la era de Dios, separándonos de la paja...

Perfectamente dice San Agustín: «En el honor, la paja se quema y el oro se purifica; la paja queda reducida a cenizas, y el oro se desprende de lo que le manchaba. El horno representa el mundo, el oro los justos, el fuego las pruebas; y el dueño del horno y del oro es Dios. Hago lo que quiere el maestro; permanezco dónde me coloca y tengo paciencia. Todo debo sufrirlo; él sabe como purificarme.

Arda la paja para quemarse y consumirme, lo consiento; pues ella queda reducida a cenizas, y yo me desprendo de mis escorias. Ningún servidor de Jesucristo está sin prueba; si creéis poder pasar sin ellas, no habéis todavía empezado a ser cristianos. Las pruebas interiores y exteriores preparan la glorificación del pecador, obligan al que resiste, instruyen al ignorante, preservan al que corre, protegen al débil, excitan al tibio y conducen a esta muerte que es el principio de la vida eterna» (Serm. 3 in

Machab.).

Las tribulaciones, dice San Bernardo, proporcionan, tres bienes principales: el ejercicio por temor de que la virtud no se entibie con el amor de la pereza; el sufrimiento, para que la fuerza de nuestra constancia sea un ejemplo para animar a los otros; y la recompensa, para que, según el peso de las pruebas, aumente el peso de la gloria... cuanto más seréis experimentados, más os enriqueceréis. (In sentent.).

«No nos atormentemos por los males que sufrimos, dice Judit; *pues considerando que estos males son menores que nuestros pecados, y que somos castigados como siervos, persudámonos de que Dios quiere corregirnos y no perdernos»* (8,26-27).

«Todo se convierte en bien de los que aman a Dios», dice San Pablo (Rom. 8,28). El cristiano no debe olvidar nunca estas palabras. En la pobreza, en la enfermedad, en la persecución, en la calumnia, en el naufragio, en el incendio, en las pérdidas, en el destierro y en la muerte, acuérdese que todo es en ventaja del que ama a Dios. Debe decir para sí en todas las pruebas: Cierto estoy de que nada doloroso ni penoso puede sucederme, que no haya sido determinado primero por el orden paternal de la Providencia.

Jesucristo y los Santos son modelos en las pruebas

¿Por qué pruebas no pasó Jesucristo? El bebió el caliz de las más amargas pruebas y justo es que nosotros lo bebamos también para curarnos y vivir. Jesucristo lo bebió el primero hasta las heces. Él que estaba lleno de salud, Él que era la misma inocencia y santidad; a fin de que nosotros, miserables enfermos, cubiertos de heridas y llagas, cargados de culpas y agobiados de deudas, lo bebiésemos para curarnos, recobrar la inocencia, borrar nuestros pecados, pagar nuestras deudas y asegurarnos la posesión del cielo, donde nada manchado puede entrar.

¿Qué amargura hay en este cáliz de las pruebas que no haya gustado Jesucristo antes que nosotros? ¿Se trata de desprecios e injusticias? Los sufrió crueles cuando arrojaba a los demonios, porque sus enemigos decían: Arroja a los demonios en nombre de Belcebú. Si amargos son los dolores, Él fue azotado, atado y crucificado; si amarga es la muerte, Él murió; si nuestra debilidad se horroriza por el género de muerte que nos amenaza, nada era más ignominioso entonces que la muerte en la cruz... Sea, pues, Jesucristo nuestro modelo en todas las pruebas...

Los Santos son también nuestros modelos en las pruebas. Tobías se quedó ciego, y el Señor le envió aquella terrible prueba para que sirviese de modelo de paciencia, como lo fue Job. Tobías y Job, sin hablar de otros muchos son dos modelos, dos espejos de paciencia para todos los ciegos, los afligidos, los pobres y los perseguidos.

Tobías, dice la Escritura, permaneció firme en el temor de Dios, dando gracias a Dios todos los días de su vida (Tob. 2,14).

De la misma manera Job, agobiado de las aflicciones por todas partes y de todas clases, decía: *Dios me ha dado bienes, Dios me los ha quitado; se ha hecho la voluntad de Dios; bendito sea su Nombre.* (1,21).

En medio de las pruebas más crueles, ¿qué admirables modelos nos presentan los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, los misioneros y los Santos de todas las edades, de todos los sexos, de todos los tiempos y de todos los lugares?...

El camino, la manera y las razones por las que Dios conduce a sus elegidos en el desierto de esta vida, son admirables; es a través de las pruebas, de las asechanzas, peligros, enemigos, angustias, trabajos, tentaciones, persecuciones, cruces y marti-

rios, que los conduce a la tierra prometida: el cielo, la tierra de los vivos.

Las pruebas son un remedio excelente y las puertas del Cielo

Una herida parece dañar a la salud; y sin embargo es muchas veces el remedio más eficaz. Según San Juan Crisóstomo, las pruebas son como el corte del arado. Con áquel instrumento abrimos nuestros corazones, a fin de que, si hay yerbas malas y arraigadas, si hay malezas y espinas, las arranquemos por completo, y seamos una tierra bien cultivada, dispuesta a recibir las simientes de la gracia y de la virtud (Homil. de Cruce).

Pero ¿qué se ha de hacer para aprovecharnos de las pruebas? Hemos de imitar la paciencia de Job, y repetir: *«Dios me ha dado todo y me lo ha quitado todo, sea bendito su nombre»* (1,21) e imitar a Tobías que decía: *«Os bendigo. Señor, Dios de Israel, porque me habéis castigado y salvado»* (9,17).

Hijo mío, dice el Señor en el Eclesiástico, *si te das al servicio de Dios, prepara tu ánimo para la tentación. Ten recto tu corazón y muéstrate firme... Recibe todo lo que te sobrevenga y ten buen ánimo en las vicisitudes de tu humillación. Pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios en*

el crisol de la humillación. Confíate a Él y te acogerá, endereza tus caminos y espera en Él. (2,1.4-6).

San J. Crisóstomo dice: «La más grande ventaja que puede sacarse de las pruebas, y lo que aumenta infinitamente su mérito y su recompensa es dar gracias a Dios por ellas» (Homil. de Cruce).

«Si el alma, dice S. Gregorio, se une fuertemente a Dios, para no ver más que Él en todo, las amarguras se convierten en dulzura, y toda aflicción es para ella un descanso». (Lib. 5 de Moral.).

Las pruebas sufridas con paciencia son la puerta del Cielo; y allí nos conducen. Por eso dijo Jesucristo: *¿No era preciso que el Cristo sufriese estas cosas (toda su Pasión), y entrase así en su gloria?* (Lc. 24,26).

Fue preciso que Jesucristo sufriese todas las pruebas y entrase en la gloria por el camino de los sufrimientos y de la cruz. Y como dice el apóstol: *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios»* (Hech. 14,21)...

Vivir sin pruebas y rechazarlas es terminar siendo desgraciado en esta vida y en la otra...

El mundo entero es un gran crisol en el cual son arrojados los hombres. Allí el justo se parece al oro, y el impío a la paja. Con el mismo fuego el justo es purificado y santificado y el impío devorado, con-

sumido y condenado. Y Dios, dice San Agustín, es alabado en ambos: en uno por la recompensa y en el otro por el castigo; en el uno por su misericordia, y en el otro por su justicia (Lib. de Civit.) (C. a Lapide. Tesoros).

Otros ejemplos edificantes

Estos ejemplos son de almas que han conocido el valor que tienen las pruebas y contrariedades de la vida y las han deseado y abrazado a ellas para imitar a Jesucristo y así ir por el camino de la santidad.

1º. *El ejemplo de una niña de 9 años*: Esta niña dijo un día a su madre: Madre, tengo que pedirte una cosa. Usted me la concederá ¿verdad? Es difícil; pero creo, estoy segura que es Dios quien la quiere.

– Si es Dios quien la quiere, hija mía, ¿cómo te la podrá negar tu madre?

– Es, mamá, que usted tenga la bondad... pues Vd. me ama mucho... la bondad de contrariarme en mis gustos, de reprenderme muchas veces delante de mis hermanos, aunque no haya dado ningún motivo para ello, y también de... de rechazarme algunas veces cuando llegue a abrazarla... pero esto no lo haga seguido.

– Y ¿por qué quieres eso, hija mía?

– Es que soy muy dichosa, no sufro por Dios y siento necesidad de sufrir algo.

– ¿Por qué?

– No lo sé; pero como yo quiero ser santa y para ello es necesario que no me enoje nunca, que no me enfurruñe, que no llore, que esté contenta de todo, ¿no es preciso que aprenda a ser contrariada y a sufrir con paciencia?

– La madre tomó las dos manecitas de su hija, la beso respetuosamente en la frente y levantando el crucifijo los ojos llenos de lágrimas, exclamó por lo bajo ¡Gracias, Dios mío!.

2º. *Una de las contrariedades de Santa Teresa de Jesús*. De viaje a uno de sus conventos, Santa Teresa tenía que atravesar un río en el cual estuvo a punto de ahogarse. En ese momento imploró el socorro de Cristo. De repente Jesús se le apareció: ¿Cómo, Teresa, puedes tener miedo?

– Oh Señor, respondió enseguida la santa, ¿Cuánto cesaréis de sembrar así dificultades a nuestros pasos?

– No te quejes, hija mia... ¿No sabes que esta es la manera como trato a mis amigos?

– Oh Señor, repuso entonces la santa con libertad, ¡Por eso tenéis tan pocos!.

3º. Una prueba por la que pasó el Padre Maestro

Diego *Laínez*: Este padre fue a vicencia, ciudad de los venecianos, y estuvo en una pobre y estrecha casilla fuera de la ciudad, sin puertas y sin ventanas, en compañía de los Padres Ignacio y Fabro, por espacio de cuarenta días, durmiendo en el suelo y pasando mucha pobreza y hambre. Porque eran tan estrechas las limosnas que se les hacían, que apenas podían allegar el pan que les era necesario para comer, y así vino a caer en una enfermedad.

Como se halló mejor comenzó a predicar por las plazas en latín, porque aún no sabía la lengua italiana; concurría mucha gente a oirle con grande admiración. Acontecióle alguna vez, acabando el sermón, ir de puerta en puerta por toda la ciudad, pidiendo limosna, y no hallar quien le diese un bocado de pan. Y diciendo yo al mismo Padre Laínez, cuando me contaba esto, que cómo era posible que entre tanta gente que oía sus sermones, no hubiese ninguno que le socorriese ni le hiciese bien, especialmente en una ciudad tan principal y de tanta cristiandad, me respondió:

«Hermano, cuando Dios nuestro Señor quiere probar y humillar, bien sabe cómo lo ha de hacer» (Rivadeneyra).

4º. *San Pedro ante el ejemplo de Jesús. Quo vadis*. Pedro abandona, según la leyenda y bajo la

presión de los suyos, a Roma para escapar de Nerón. Entonces le sale al encuentro una figura en la Via Appia. Pedro la reconoce: es el Maestro. Le pregunta: «Señor, ¿adonde vas?». La respuesta en labios del Salvador es seria: «Voy a Roma para dejarme crucificar de nuevo. La figura desapareció y Pedro comprendió el sentido de las palabras. Regresó fue hacia la muerte por amor a su Señor.

5º. *Los jóvenes Carlos Péguy y José Lotte*. Estos bajo la influencia del medio en que se pasó su juventud, se apasionaron por el ideal laico y socialista. Lotte escribe: «En mi imaginación juvenil se levantaba contra todo lo que yo amaba la Iglesia, terrible potencia de mentira, de odio y opresión». Pasaron años de lucha y de trabajo. en 1908 Lotte volvió a encontrar a su amigo, enfermo, agotado, que le hablaba de desgracia, de cansancio. De repente, llenos los ojos de lágrimas Péguy manifestó a Lotte que había vuelto a encontrarse la fe, que era católico.

Y comenta Lotte: «De repente sentí como una grande emocion de amor; se fundía mi corazón, y llorando a lágrima viva, la cabeza entre las manos, le dije casi a pesar mío: Ay, amigo, todos llegamos aquí. ¡Todos llegamos aquí! ¿De dónde surgía esta palabra ya que un momento antes era yo incrédu-

lo? ¿Qué trabajo, qué trabajo lento, oscuro y profundo revelaba? En aquel momento sentí que yo era cristiano».

No hay duda que las pruebas, las contrariedades de la vida y a su vez la gracia de Dios nos mueven a ser verdaderos cristianos y volver la vista a Dios.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Cada libro sólo cien pesetas

Catecismo de la Biblia, para conocerla bien.
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia.
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia.
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna.
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios.
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí.
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene.
¿Seré Sacerdote? Conveniencias y ventajas.
Para ser santo. Si de veras lo quieres, lo serás.
Para ser sabio. Importancia de las buenas lecturas.
Para ser feliz. Déjate conducir por Dios.
Para ser apóstol. Es muy importante y necesario.
¿Por qué no eres católico práctico? Razones para serlo.
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama.
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante.
La penitencia ¿qué valor tiene?
La formación del corazón. Aprende a dominarte.
La formación del carácter. Edúcate a tí mismo.
La reforma de la parroquia. Como hacerlo.
La Cruz y las cruces de la vida. Lo que nos convienen.
La religión verdadera. Y las diversas sectas.
La edad de la juventud. Y sus problemas.

Los Testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores.
Los males del mundo y sus remedios.
El más allá. La existencia de otra vida futura.
La Oración. En ella está la clave del éxito.
El Valor de la fe. La fe lo alcanza todo.
El Padrenuestro. Es la oración del Señor.
El Pueblo pide Sacerdotes Santos, no vulgares.
El Camino de la juventud. Consejos a los jóvenes.
El Niño y su educación. Cómo educarlos.
El mundo y sus peligros, y cómo debemos defendernos.
El Corazón de Jesús, quiere reinar por amor.
Somos peregrinos, vamos de camino al Cielo.
Tu Camino. ¿Has pensado en tu vocación?
Pecador, Dios te espera, no esperes más a convertirte.
Joven, levántate, aprende a combatir las pasiones.
Tu conversión, no la difieras, podrías no tener tiempo.
Siembra el bien. Sé amable y comprensivo.
El Problema del dolor. ¿Es necesario sufrir?
No pierdas la juventud. Consejos a los jóvenes.
Siguiendo la Misa. Modo práctico para oirla bien.
Visitas al Santísimo Sacramento, para todos los días.
El Valor de la limosna, lo sabremos en el cielo.
La Acción de gracias, después de la Comunión.
Las Almas Santas, según San Juan de Avila.
Errores modernos, sobre la democracia.
Marxismo o Cristianismo. Marx o Cristo.
Doctrina Protestante y Católica, en qué se diferencian.

Vive en gracia, no seas cadáver ambulante.
Sepamos perdonar, para que Dios nos perdone.
Dios y el Hombre. Grandezas de Dios.
La esperanza en la otra vida, ¿en qué se fundamenta?
La Sagrada Eucaristía, la misa y la comunión.
Educación Sexual, ¿quienes deben enseñarla.
La oración según la Biblia, su valor y su poder.
El Ideal más sublime. Ser apóstol y ministro de Dios.
Catequesis sobre la misa. Explicándola.
¿Qué es un comunista? Un hermano equivocado.
¿Por qué leer la Biblia? Y cómo leerla.
¿Qué es el Evangelio? El libro más importante.
Los siete sacramentos, y su importancia.
Cortesía y buenos modales. Urbanidad.
La Religión a tu alcance. Para entenderla bien.
La Misericordia de Dios, perdona a los arrepentidos.
Pecados que se cometen, son el mayor de los males.
El buen ejemplo, es el mejor predicador.
Siembra la alegría. Código de la amabilidad.
El valor del tiempo. Vale una eternidad.
El Escándalo y el respeto humano...
La vida religiosa, su valor y su belleza.
Dios todo lo ve, camina en su presencia.
La paciencia, su necesidad y sus ventajas.
La Ignorancia religiosa, es la causa de todos los males.
Dios se hizo hombre, y divinizó al hombre.
Vence la tentación, derrota a Satanás.

Ejercicios espirituales. Fin y destino del hombre.
Pensemos en el Cielo, es nuestra patria maravillosa.
Para aliviar la fe, en la Sgda. Eucaristía.
La felicidad de morir, sin deudas y sin pecados.
¿Existe el pecado? Y es lo más horrible del mundo.
El mayor de los males, el pecado de impureza.
El por qué de los castigos de Dios...
Orígenes de la Iglesia Católica...
Máximas Sapienciales y ejemplos doctrinales.
El Valor del Catecismo, el mejor libro del mundo.
Véncete, triunfa de tí mismo, sé valiente.
Los males de la lengua, son innumerables.
¿Dónde está la felicidad? Está en Dios, pídesela.
En manos de Dios, confía en la providencia.
La Vida presente y la futura, explicadas.
Somos blanco de contradicción, por seguir a Jesucristo.
Ejemplos que nos hablan de Dios y sus atributos.
Ejemplos sobre la oración, par imitar y seguir.

El precio de cada uno de estos libros es de sólo cien pesetas, más cuatro pesetas de I.V.A., total 104, para 1996. En los próximos años podrían variar los precios, según las características del papel. Los pueden encontrar en las librerías religiosas, o los puede pedir por correo a reembolso de su importe a la Editorial, teniendo en cuenta que la Editorial no sirve pedidos inferiores a mil pesetas, por lo que tendrían que pedir al menos diez libritos, que suman con el I.V.A. mil cuarenta pesetas, más doscientas pesetas de gastos de envío, total 1.240 pesetas.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ Recaredo, 44. 41003 SEVILLA